

# LAS CRÓNICAS DE INDIAS COMO FUENTE DE LA HISTORIA DE LA EVANGELIZACIÓN AMERICANA

JOSÉ CARLOS MARTÍN DE LA HOZ

Dentro del estudio de la Historia de América, ocupa un lugar importante todo lo relativo al papel de la Iglesia. No en vano fueron cristianos los protagonistas de esos hechos históricos; por tanto la acción de la Iglesia se manifestó de modo directo impulsando la construcción de una sociedad cristiana de nueva planta o de modo indirecto influyendo en el sentido cristiano de las leyes, del gobierno de los naturales etc. Dejaron una fe que ha subsistido hasta nuestros días.

La Iglesia actuó a través de los clérigos, regulares y seculares, escogidos entre lo más preparado de la Iglesia renovada del siglo XVI en España, pero también a través de la propia mentalidad de los gobernantes y de los mismos soldados; que aunque, en algunos casos, fueran hombres de «fe fuerte y vida rota», al fin y al cabo procuraron en muchos casos vivir esa fe.

Algunos de los emigrantes americanos tomaron la pluma para recoger las gestas realizadas en América. Son los denominados «cronistas de Indias». Unos eran religiosos y escribieron para memoria y gloria de su orden. Otros, civiles y militares, escribieron sus vivencias sin más objetivo que honrar a la Corona o a su propia honra.

Centramos esta comunicación en los cronistas civiles y militares, y buscaremos en sus escritos los rasgos de la evangelización americana, tal y como ellos la vieron. Al estudiar sus apreciaciones nos detendremos especialmente en la posible caracterización de una fuente válida para descubrir la mentalidad evangelizadora de los descubridores.

Hay que tener en cuenta que los cronistas americanos estarán influidos por el ambiente renacentista creado por el canciller Pérez de Ayala. Como tal, sus cronologías y datos geográficos, necesitarán las correspondientes correcciones. Los más importantes serán: Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo, Francisco López de Gómara, Marmolejo, Fray Pedro de Aguado, Pe-

dro Cierza de León, Francisco Jerez, Fray Toribio de Motolinía, Hernán Cortés, Cabeza de Vaca, etc.

### 1. *Características de las crónicas americanas*

En primer lugar hay que afirmar que hay una gran distancia entre las crónicas y la historia. Las crónicas tienen siempre un valor de testimonio: ese valor está presente, tanto en las crónicas que narran las acciones en las que el cronista es protagonista, como en las que narran lo que oyeron de viva voz de los testigos directos. Testimonios que buscan acercarse al lugar de la conquista para narrarlo lo más fidedignamente posible. Ya en el origen de las crónicas está este valor del testimonio: dar fe de lo que sucedió, o rechazar leyendas que comenzaban a circular, como es el conocido caso de Bernal Díaz del Castillo, que titula su crónica *Verdadera historia...*

La falta de rigor histórico se descubre, entre otras cosas, en las descripciones vagas de lo que ven, o de los descubrimientos que realizan. La visión del cronista está mediatizada por su cultura previa, sus dotes de observación, el escaso conocimiento de la tierra que pisa, e incluso por la literatura que ha leído. De esto último tenemos elocuentes ejemplos en las crónicas: hay múltiples referencias a los libros de caballería, usados para intentar explicar con la imaginación lo que desbordaba a su capacidad narrativa. La escasez de términos toponímicos hace de escaso valor documental sus observaciones de valles, pueblos, costumbres indígenas; hay una incapacidad para recoger tanta valiosa observación directa. Asimismo falta otro dato de particular interés para el historiador como es la cronología; parece como si al cronista se le amontonaran los días en su pluma, al estilo del diario que pretende ponerse al día meses después de los hechos.

Otro aspecto importante que desfigura la crónica como fuente histórica es la pasión de la narración, en palabras de Menéndez Pelayo. Es nota común la narración sesgada con un tinte a favor de las acciones de los españoles, o, en caso de banderías, en pro de su facción. Bien es verdad que los sucesos narrados tienen poca hondura interpretativa, y que lo habitual será una mera exposición de hechos vividos o escuchados. Las causas siempre se reducen a dos: un gran providencialismo, patente a cada página, y expresado, por ejemplo, en el caballo blanco de Santiago: Dios está con los españoles; y en la constante referencia a la acción del demonio que tendría atados aquellos pueblos americanos en su servicio.

Finalmente debe mencionarse el afán de notoriedad del cronista, que pasará a la historia como el narrador de las grandes heroicidades llevadas a cabo: una mezcla entre patriotismo y afán de inmortalidad, concluyen por relativizar a nuestros ojos la crónica como fuente histórica.

A pesar de lo expuesto, hay en las crónicas elementos muy importantes de lo que se ha venido a denominar historia de las mentalidades. Al comienzo de esta comunicación hacíamos referencia a que la evangelización la llevaron a cabo tanto los clérigos como los laicos. En este sentido la crónica representa una fuente de primer orden en cuanto contiene datos muy precisos de la mentalidad de los conquistadores. Veamos a continuación algunos ejemplos para poder extraer conclusiones acerca de la validez de esta fuente en la historia de la evangelización americana.

## 2. *Mentalidad cristiana de los descubridores*

La historia de la Iglesia en la América del XVI muestra con claridad cómo tanto por parte de la corona como de los mismos españoles civiles o eclesiásticos que viajaron más allá de los mares, no hubo dudas acerca de la capacidad de transmisión del mensaje evangélico.

En las crónicas de América escritas tanto por civiles como por religiosos se muestra a cada paso la mentalidad de los descubridores, en su modo de estudiar las civilizaciones que se encontraban, al enfocar los problemas que encontraban, al plantear la evangelización, etc.

Para entender la mentalidad de los descubridores es importante resaltar claramente el fondo jurídico de toda la colonización, manifestado a cada paso, desde el descubrimiento de un territorio hasta la vida cotidiana de los virreinos. La fuerte estructura jurídica hace posible la permanencia en unidad de corona de aquellos territorios a la España peninsular, y su desarrollo habitual como si de Castilla se tratase.

El título con el que desembarcaron aquellos navegantes era la donación pontificia de aquellos territorios por el papa Alejandro VI a los Reyes Católicos mediante la bula *Inter coetera* de 1493. Esta circunstancia histórica marcará todo el desarrollo de la colonización poniendo el acento en la evangelización de esos pueblos, hasta el punto de ser denominada por algunos autores como el sentido misional de la conquista.

La constante petición de rendición de cuentas sobre el estado de la evangelización por parte de la corona y de los organismos del consejo de Indias hacen constatable que el deseo de evangelizar aquellos te-

rritorios no quedó en mera teoría. El sentido misional de la conquista, se observa no sólo en la corona sino también en sus funcionarios.

Esta mentalidad está presente también en los colonizadores, por ej. en el mismo Colón, quien en sus cartas anota interesantes apreciaciones a la corona sobre los indios, al aplicar las bulas alejandrinas, y en su largo memorial al papa Alejandro VI. Todo ello se compagina con conductas a veces no correctas.

Verdaderamente al hablar, como nos corresponde ahora, de los colonizadores en general, civiles y militares, podemos caer en el error de juzgarles tomando las actuaciones de los encomenderos, que trataron a los indios con desprecio, como la pauta global. Efectivamente en muchos de ellos predominó el afán de enriquecerse, buscando un nombre y una posición económica de la que carecían en España. Un ejemplo sería la respuesta que dio Francisco Pizarro a un fraile de su séquito —seguramente Bernardino de Minaya— que le recriminaba por el trato inhumano a ciertos indios del Perú y le recordaba el propósito evangelizador de la conquista: «Yo he venido a quitarles oro», parece que exclamó Pizarro. Pero también es cierto que hubo otros muchos casos de personas que actuaron cuerdamente, como Vasco de Quiroga, que puso en marcha toda una civilización de nueva planta sobre la base de sus «hospitales», centros de verdadera promoción humana y cristiana del indio. En el fondo de todos ellos latía un sentido cristiano de la vida que afloraba en muchos momentos, y no sólo a la hora de la muerte para pedir siempre un confesor.

La mentalidad cristiana se descubre en muchas cosas, por ejemplo en la repugnancia con la que observan la idolatría, el pecado nefando, u otros desórdenes, que atribuyen a la acción del demonio. Así nos narra López de Gómara: «Hablaba el demonio con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no a todos. Ofrecían cuanto tenían al que se les aparecía; se les aparecía de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy a menudo y muy familiar, y los bobos tenían a mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas antes de que aconteciesen, creían cuanto les decían; y como él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le llevaban pintado consigo de tal figura cual se les mostró la primera vez».

La fe que se manifiesta en las misas de campaña, con la confesión sacramental previa para poder comulgar, o en el dolor por la imposibilidad de tener la misa o en tantas costumbres cristianas. Por ejemplo, narra el inca Garcilaso de la Vega: «La cual pérdida no solamente fue en la falta de los caballos que les mataron y en los compañeros que

perdieron sino en otras cosas que ellos estimaban en más respeto de aquello para que las tenían dedicadas, que fue una poca de harina de trigo, en cantidad de tres hanegas, y cuatro arrobas de vino, que ya no tenían más cuando llegaron a Mauvila. La cual harina y vino de muchos días atrás lo traían muy guardado y reservado para las misas que les decían, y porque anduviese a mejor recaudo y más en cobro, lo traía el mismo gobernador con su recámara. Todo lo cual se quemó con los cálices, aras y ornamentos que para el culto divino llevaban, y, de allí en adelante, quedaron imposibilitados por no tener materia de pan y vino para la consagración de la eucaristía (...) pasaron a celebrar la Misa sin la consagración, y llamábanla estos castellanos *misa seca*».

Muchos de esos cristianos, aun con sus limitaciones y contradicciones, tenían conciencia de su pertenencia cristiana y contribuyeron a transplantar en el Nuevo Mundo muchas de las formas de religiosidad popular española que los indios conservan hasta hoy. Los cronistas americanos, civiles y eclesiásticos, expresan esos rasgos con la pureza del testigo asombrado. Destaca entre todos Fray Toribio de Benavente (Motolinía), quien, en su *Historia de los Indios de Nueva España*, refleja la devoción a la Eucaristía de modo muy expresivo: «Los naturales, es de ver con cuanta quietud gozan de sus haciendas, y con cuanta solemnidad y alegría se trata al Santísimo Sacramento, y las solemnes fiestas que para esto se hacen, ayuntando los más sacerdotes que se pueden haber y los mejores ornamentos. El pueblo adonde de nuevo se pone sacramento, convida y hace mucha fiesta a los otros pueblos sus vecinos y amigos, y unos y otros se animan y despiertan para el servicio del verdadero Dios nuestro».

Finalmente en este fundamento espiritual de la evangelización no podía faltar la referencia a la Virgen. Este aspecto en América tuvo mucha importancia, pues como es sabido las apariciones de la Virgen de Guadalupe y la extensión en general de las devociones marianas marcaron la definitiva implantación de la Iglesia en América. En la constitución de las hermandades y cofradías tuvieron una importancia capital los cristianos corrientes.

Hemos recogido ciertos rasgos de las crónicas de Indias para descubrir algunos aspectos de la religiosidad y fe que llevaron consigo aquellos conquistadores. Evidentemente, por los datos expuestos, se deduce que de estas crónicas no se puede recoger un completo perfil de la fe de aquellos hombres, aunque a decir verdad sí que dan una idea más aproximada que la proporcionada por otras fuentes, quizás más cercana, en cuanto se aproxima a la vida de aquellos hombres y mani-

fiesta con sinceridad sus reacciones. Nos parece que estos datos se pueden completar con otras fuentes como son las cartas y los testamentos y el conjunto puede dar una idea más real de la mentalidad de aquellos cristianos.

### 3. *La incorporación de los pueblos americanos a la fe*

Dentro de este breve recorrido por las crónicas de Indias como fuente de la historia de las mentalidades, no podía faltar una referencia misionológica propiamente dicha. En ella seguiremos el esquema clásico: testimonio, anuncio, conversión, bautismo, implantación de la iglesia local.

En primer lugar el testimonio. Comenta Bartolomé de las Casas que para él el milagro más grande le parecía el hecho de que los indios llegaran a creer y a aceptar al Dios de sus opresores. Esto prueba que el testimonio de los buenos cristianos fue importante, pero mucho más el de los conversos indios, que arrastraron a su familia y a otros muchos. Junto a los misioneros y sus obras de caridad que atraían al indio, estaban los cristianos que aportaban las limosnas. Así Pedro Claver, el gran apóstol de los negros, tenía muy buenos amigos y patrocinadores. Los gastos que hacía en limosnas eran fabulosos. No se puede comprender el apostolado social de Claver sin esta verdadera unión de clases.

A continuación el anuncio. Esto se observa en la evangelización de América con enorme frecuencia, por ejemplo la predicación de Cortés era constante: «Viendo pues, que guardaban justicia y vivían en religión, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba rogándoles que dejasen los ídolos y aquella cruel vanidad que tenían matando y comiendo hombres sacrificados, pues ninguno de todos ellos quería ser muerto así ni comido, por más religioso ni santo que fuese; y que tomasen y creyesen el verdadero Dios de los cristianos que los españoles adoraban, que era el creador del cielo y de la tierra, y el que llovía y criaba todas las cosas que la tierra produce, para el sólo uso y provecho de los mortales».

En América hay que destacar el papel de los catequistas laicos, colaboradores y maestros, quienes, en situación de carencia de sacerdotes, aseguraron el bautizo de los niños y la supervivencia de muchas prácticas cristianas.

La administración del bautismo fue también naturalmente en América la puerta de entrada en la Iglesia. Vino precedida de un perío-

do de catequesis previa que no llegó a un catecumenado propiamente dicho, pero suficiente para asegurar la validez del sacramento. La polémica surgida en Nueva España entre los dominicos y los franciscanos, por motivos de disparidad de criterios sobre los tiempos de esa catequesis, constituyen una prueba de la seriedad con que se evangelizó.

Por último la implantación de la iglesia local. Constituir una iglesia local que fuese madura en la fe en cuanto ella misma fuese apostólica y misionera. Para esa iglesia local se necesitan mutuamente los cristianos viejos y los cristianos nuevos. Hubo mucha generosidad en las familias criollas que proporcionaron en los siguientes años la mayoría del clero americano, pues el clero indígena tardó en llegar, hasta que pasaron a considerarse cristianos adultos.

En el aspecto sacramental, las crónicas de Indias resultan una fuente muy incompleta, puesto que la misión de los conquistadores, en este terreno fue de ayuda a los misioneros. Resulta difícil encontrar en ellas datos completos.

\* \* \*

Por tanto, los cronistas de Indias se nos muestran como una fuente fundamental para el estudio de la mentalidad de los conquistadores americanos del siglo XVI. Un campo de investigación capital para estudiar la acción de la Iglesia en América, pues fueron ellos, por su número y actuación, quienes abrieron el camino y posibilitaron la predicación de los misioneros. Evidentemente esta fuente requiere ser precisada con documentos de autenticidad histórica, como los cánones de los concilios provinciales, las relaciones al Consejo de Indias, etc.; pero qué duda cabe que las crónicas constituyen una fuente primera de particular importancia para otras cuestiones más difícilmente extraíbles de los fríos documentos.

José Carlos Martín de la Hoz  
Academia Valenciana de Historia Eclesiástica  
Facultad de Teología  
Trinitarios, 3  
E-46003 Valencia

